

RESEÑA

A la vuelta de veinte años

□ El reestreno de "Parejas de trapo" y "Mama Rosa" permite reevaluar dos obras estrenadas originalmente hace más de dos decenios

La memoria es frágil y sería aventurado realizar comparaciones detalladas entre las versiones de *Parejas de trapo* y *Mama Rosa* estrenadas ahora, y aquéllas de hace más de veinte años; sin embargo, queda una sensación de que todo pasado no fue mejor y, sobre todo en materia de oficio, el progreso parece ser considerable.

El reestreno de *Parejas de trapo* (1960) por el Teatro de la Universidad, Católica pudo, no obstante, ser prematuro. El esquema de las relaciones emocionales entre los personajes de la obra de Egon Wolff conserva su vigencia, pero el cuadro social, netamente contemporáneo cuando se estrenó la obra, ahora se ubica en un terreno que no es plenamente actual ni tampoco del ayer. Por cierto hay equivalentes de Jaime Mericet del Pozo en 1982, pero, dentro de un esquema psicológico similar, operarían en forma distinta para realizar sus turbios negocios, también diferentes. Por esto y otros elementos de la obra, ésta flota en una tierra que no es plenamente ni de hoy ni de ayer, en la



Jaime Azócar y Blanca Mallol en "Parejas de Trapo"

que influye un decorado (Ramón López) que asimismo tiene cierta indefinición. Sobre todo, no crea el ambiente especificado por el autor, de una oficina "con énfasis en una impresión externa de opulencia" que más parece sala de estar y cuyo objetivo, en el fondo, es crear falsas apariencias.

Lo que más tiende a darle cierto aire antiguo a *Parejas de trapo* es una estructura teatral algo cuadrada que evoluciona como de acuerdo con un cuidadoso esquema, pero no siempre fluye. A pesar de limitaciones como éstas, la obra contiene verdades humanas de considerable fuerza — como la relación entre Jaime y su esposa Cristina — que conservan su validez.

La dirección de Raúl Osorio, sin estar a

la altura de los trabajos que realizara en el Teatro de El Ángel, tiene el mérito de lograr un buen nivel de interpretación. Sobre todo la actuación de gran intensidad de Jaime Azócar (Mericet), quien, incluso, hace pasar por alto su deficiente dicción; también la labor de Blanca Mallol, como su esposa, y de Sergio Aguirre como Balik, el artesano checo que llega a Chile como refugiado y es estafado por el protagonista. Asimismo, estuvieron bastante bien servidos los personajes secundarios.

En el Antonio Varas

Mama Rosa, al transcurrir en el Chile de anteaer y no aquél de ayer, ya fue una obra de época hace veinticinco años y lo



Nelly Meruane (*Mama Rosa*) con Ana Reeves (izquierda) y con Malú Gatica y Maruja Cifuentes

Hugo Donoso

sigue siendo ahora. La construcción de la pieza es tradicional y el detonante de la acción es el tiempo: la evolución, desde comienzos de siglo de los Solar Echeverría, aristocrática familia terrateniente. De generación en generación, a medida que se va transformando el mundo exterior, esta familia también va cambiando. La fuerza de esta obra —base de la reputación de Fernando Debesa, su autor— se mantiene e incluso se la siente enriquecida.

Es un mundo donde los personajes fuertes son las mujeres, al margen de su clase social: tanto Manuela Echeverría viuda de Solar (Malú Gatica), la matriarca, como la Mama Rosa (Nelly Meruane), quien llega como sirviente desde el campo y de allí en adelante, a pesar de algunos momentos de rebelión, seguirá su vida en función de la familia Solar. Los hombres, en cambio, son endebles y a ellos se deberá la paulatina pérdida de la fortuna familiar.

Cuando la obra termina (en 1961), esta familia se habrá incorporado a la vida moderna. Perdido su fundo y vendida su mansión santiaguina, perdieron su privilegiada posición en la sociedad y tanto Mónica (Margarita Barón) como su marido trabajarán como cualquier ciudadano. Sólo Pancho Solar mantiene la tradición de los varones: primero fue estudiante vitalicio de leyes y luego se casa con una mujer adinerada que le evita la molestia de trabajar.

La calidad de la obra se basa en su cuadro de la evolución social chilena, amén de la creación de fuertes personajes: fuera de Misiá Manuela y la Mama Rosa, aquél de Leonor (Ana Reeves), la niña que se quedó sola y solterona. Este trío incluso le da cierto aire lorquiano, de mujeres frustradas, a la obra.

La producción del Teatro Municipal (T. Antonio Varas) fue cuidadísima en materia de decorado (Ricardo Moreno) y vestuario (María Kluczynska), mientras la dirección de Pedro Morthéiru supo desarrollar las diferentes hebras de la pieza con gran pericia, consiguiendo que ésta y sus personajes tuvieran un constante sabor a verdad. Es uno de los mejores trabajos que ha realizado en el transcurso de una carrera de cuarenta años.

En la interpretación, por la fuerza de sus papeles, se destacaron Malú Gatica, Nelly Meruane y Ana Reeves, pero —con muy pocas excepciones— los papeles menores como —para nombrar a algunos— la Mama Chana (Maruja Cifuentes), Margarita Solar (Silvia Santelices) o Pancho Solar (José Miguel Soza) también alcanzaron un buen nivel.

Es un espectáculo redondo y cuidado, de un nivel que no es frecuente en nuestro teatro.

Hans Hermann ■